

BIBLIOTECA DE LOS SINDIO



Ausurto
Vivero

Adan Ewayo

B
A
M

Biblioteca de los sin Dios

Año I

Núm. 17

ADAM, EVA Y COMPAÑIA

por

AUGUSTO VIVERO

Portada de ARGUELLO



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

Pidan los folletos aquí anunciados a EDICIONES LIBER
TAD, Roma, 41, MADRID.—A reembolso, 30 por 100.

LA NOVELA PROLETARIA y la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, son las publicaciones predilectas del pueblo. Raro es el número que no se agota. De cada uno éstos se vende un promedio nunca inferior a 30.000 ejemplares.

En LA NOVELA PROLETARIA colaboran todos los hombres revelantes de la izquierda española. Es una siembra ideológica formidable, sin igual hasta ahora en España.

La BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, terror del beaterio, de la clerecía y de los clericales al servicio de la República, no se puede anunciar en ningún periódico de los llamados republicanos. Los neos compran los ejemplares para destruirlos. Los curas los maldicen desde el púlpito. Las beatas de cruz al cuello, los consideran obra de Satanás.

VAN PUBLICADOS EN

«La Novela Proletaria»

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.
 Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontín.
 Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.
 Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.
 Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.
 Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.
 Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.
 Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.
 Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.
 Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano.
 Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.
 Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.
 Núm. 13.—«Infamias», por Antonio Jiménez.
 Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.
 Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.
 Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.
 Núm. 17.—«El enchufista», por Augusto Vivero.
 Núm. 18.—«Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.
 Núm. 19.—«Noche Roja», por R. Soriano.
 Núm. 20.—«El Compañero Confidente».

Ejemplar, 125 céntimos!

«Biblioteca de los sin Dios de Augusto Vivero, los siguientes:

- Núm. 1.—«Jesucristo, mala persona».
 2: Las alegres abuelas de Jesucristo (denunciada).—3: La absurda virginidad de María (denunciada).—4: ¡Eso de las hostias!—5: La farsa de Cristo rey.—6: Los chirimboles del altar.—7: La ignorancia de Jesucristo. | 8: ¡Vaya un Cielo el de Biblia!—9: Jesús, santifica el matrimonio civil.—10: El pobre Diablo, en ridículo.—11: Origen nefando de los conventos (denunciada).—12: Dios Padre, pedruscos.—13: Cristo no fué cristiano.—14: El Sacramento Vaginal.—15: Jesucristo homosexual.—16: El Santo revoltillo de Misa.—19, «Adán, Eva y Compañía».

Ejemplar, 125 céntimos!

NUESTRA ODISEA EN VILLA CISNERO

por TOMAS CANO RUIZ
prólogo de RAMON FRANCO

50 céntimos ejemplar.

Imp. Campos — Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid

Adán, Eva y Compañía

Viendo entrar a su hermano el juez (piadosísimo congregante de San Luis Gonzaga) y a su piadosa cuñadita la ex Marquesa de la Santa Capucha, torció el gesto don Román. Y estaba en lo firme al co- legir el porqué de la visita. Sus deudos abrasában- se en piadosa furia por si él pensaba o no pensaba «cristianar» el primogénito que ha poco le naciera, no milagrosamente, sino por obra de varón.

—Mira, Crispín—dijo Román en cuanto el reve- rendo juez desembuchó sus jeremiadas—: que te es- candalices tú, que ésta se escandalice, que el Verbo Divino conjugue también el verbo escandalizar, me tiene sin cuidado. Ningún hombre de conciencia puede incluir tiránicamente a un recién nacido en una superstición religiosa.

—¿Y si el chiquitín se condena?—gimió angustia- da la ex noble.

—Si se condena—indicó el padre sonriendo—, nunca os faltarán unas pesetillas que brindarle a tu Iglesia para que le descondene. Sin contar—añadió esforzando la guasa—que don Pedro Crisólogo tuvo a bien abrir, desde el siglo V, una estación de espera junto al infierno para los chiquitines que mueren sin la santa remojadura. Mi nene—condenado por-

que Adán usó maritalmente de Eva—esperaría en el Limbo entretanto que la santa mamá Iglesia, a puro recibir dinero, le sacase de aquel aburrido almacén de almas.

—¿Te burlas?—se engalló la rica hembra—. No es plato de gusto hallarse con un condenado en la familia. ¡Un pariente judío, Virgen santa!

—Ja, ja—rió el cuñado—. ¡Te asustas cristianamente y evocas a una judía, la supuesta Virgen que nunca fué bautizada! ¡Sois deliciosos! ¡Tanto pavor a los judíos y venga invocar a ficciones judaicas! ¿Conque, por no bautizarse, mi nene será tan judío como vuestro San José?

—Los curas—advierte la consorte—llaman judíos a los que se hallan sin bautizar.

—Pues, hija: vuestro fabuloso Jesús bien se bautizó, y tuvo a gala seguir siendo judío. Y mucho antes de Cristo, los judíos se bautizaban.

—¿Cómo? ¿Qué disparatas?—saltaron a dúo, espeluznados, juez y jueza.

—Lo que oís. Y aun, aventajándoos, los judíos practicaban diversas clases de bautismo. Común era, tras la purificación lograda merced a la ofrenda (que todas las religiones van derechitas al cajón del pan), sumergir las manos en agua, «lavándolas en inocencia» (1). Otras veces, el bautismo purificador era de manos y pies (2), cosa que le convendría mucho

(1) Salmo LXXIII, vers. 13; Idem XXVI, ver. 6.—

(2) Exodo, cap. XXX, vers. 19.

a no pocos de vuestros clérigos. Cuanto al bautismo general, por inmersión, la gentuza hebrea lo tuvo, copiado de Egipto, donde la clerecía y sus fieles purificaban el cuerpo remojándolo en grandes cubas, puestas en las galerías subterráneas de los santuarios.

—¡Qué oigo!—se alborota el juez, santiguándose—. ¡Que los egipcios se bautizaban antes que los cristianos!

—¡Toma!—responde burlón el cuñado—. Y los indios, que se bañaban y se continúan bañando religiosamente en su Jordán del Ganjes. Vuestra religión no tiene cosa que no sea hurtada. Por eso, digo que la gentuza de Israel tuvo los religiosos lavados corporales, según verás en el capítulo XV del «Levítico» y en el XIX de los «Números». Solían bañarse los judíos—porque baño es el bautismo por inmersión que atribuí al judío Bautista—, para después presentar la ofrenda remisora de impureza. «Laváos, limpiáos»—dicen que dijo vuestro judío Dios Padre. Y agregan que, haciendo ver no redimía de pecados el bautismo, antes el bien obrar, añadió: «Quitad la iniquidad de vuestras obras de ante mis ojos; dejad de hacer lo malo» (3).

Tuvo la dama un mohín desdenguado:

—¡Un baño! ¡Bah! ¡Eso no es bautismo! Sin duda les mandaban todas esas abluciones a los judíos por lo sucios que eran.

(3) Isaías, cap. I, vers. 16.

—Exacto—ratificó el cuñado—. Ese y no otro es el verdadero y real origen del bautismo. Una práctica de higiene.

—De todos modos—sugirió altisonante don Crispín—, ¿quién ha visto bañar en la pila del agua bendita?

—Hermano, admitiendo que haya habido un San Juan Bautista, baños eran sus bautizaciones. Y si bañaba en el Jordán a la plebe judía, era sin duda porque el azufre que arrastra el Jordán cura ciertas enfermedades cutáneas, muy comunes en la chusma de Israel. Con siete chapuzones en el Jordán curó Eliseo la sarna de un caudillo sirio (4). De modo, pues, que si Jesús no fuese un mito, le habrían bautizado al uso de Israel, dándole un remojón.

—Desengáñate—dictamina gravemente la ex prócer—; si a Jesús le hubieran dado un baño, baño seguiría siendo el bautismo.

—¡Y lo fué hija mía! Lo fué. Hasta fines del siglo VIII, los cristianos se bautizaban, a imitación de los egipcios, en grandes cubas puestas en sus templos. Y las mujeres, ¡en cueritatis!

—¿De modo—pregunta ella, compungida—que el bautismo de ahora no es el de los Evangelios?

—¡Claro que nones! Roma impuso el bautismo por aspersion, que recuerda mucho la ceremonia purificante anual de los israelitas (5). Y por imponer Roma dicho uso, contrario a los Evangelios, la Igle-

(4) 2.^o Reyes, cap. V, vers. 5-14.—(5) Levítico, capítulo XVI, vers. 14, 19, 21.

sia cristiana griega estigmatizó a la de Roma y continúa con el bautismo-baño. Así, pues, cuñada, puedes reírte de los judíos, de sus chapuzones y de su falta de bautismo. Y cuenta que no he recordado aún cómo el extranjero, al ingresar en Israel, había de bautizarse en presencia de tres personas. Y cómo, además, según los rabinos, la circuncisión implicaba un bautismo de sangre, complementario del de agua.

Enmudecieron, cabizbajos, el cavernícola de Themis y su opulenta rata de sacristía. Mas no por mucho tiempo.

—Al fin y a la postre—lanza el tragahostias judicial—, desde los inicios de la Iglesia, para ser «cristiano», sólo hay un camino: bautizarse.

—¡ Clericalerías y armas al hombro !—suelta el antibautista—. La bautizadura implicaba un rito de iniciación, como en otras religiones saqueadas por el cristianismo. Pero, con bautizarse, no entraba en la cristiandad el bautizado. Había que iniciarle después. Y no le iniciaban en los misterios; es decir, no le hacían cristiano, como no saliesen garante de su fidelidad unos avalistas, de los cuales son parodia los padrinos de hoy. ¿Tiene algo de común con aquello la quisicosa papícola llamada «bautizo»?

Se irrita el de la toga.

¡ Es intolerable ! ¡ Los químicos negáis a Dios !

—¡ Si no lo necesitamos para nada ! Pero, ¿a qué demonios mencionas la Química? Discurrimos acerca de una de tantas paparruchas de la Iglesia. Y habrás de oírme, aunque me proceses conforme acos-

tumbras hacer con los republicanos que combaten el dogma en esta República de Albornoz, Azaña, y demás cofrades...

Enfurrugada, la ex Marquesa va a sentarse a un sillón, besando convulsa el crucifijo santificador de sus globos pectorales. El consorte pónese a dar paseos, reza que te reza:



La dama—en cuya noble progenie cien hijos de clérigo atestiguan indestructible pureza cristiana—, profiere de pronto:

—Bueno; ¿sí o no? ¿Persistes en escarnecer a tus mayores obrando como ninguno lo hizo?

Encogióse de hombros don Román:

—Hija mía, el hecho de que entre mis mayores los hubiera dignos de tirar de un carro, no me impone imitarles. Yo sé cosas que ellos ignoraban. Una, que hasta el siglo II no se le antojó a la clerecía darles a los niños el chapuzoncete bautismal. Y otra, que desde el siglo V—cuando el clero papista impuso el bautismo por aspersion—los cristianos griegos hacían rebautizarse a los cristianos papícolas y decir: «Escupo a mi padre y a mi madre por haberme bautizado mal.»

—De todos modos—ataja la cristera—, hubo un Jesús y fué bautizado...

—...Y sobre todo—continúa el químico—, sé que vuestro Jesús, plagio de todos los dioses redentores y salvadores antiguos, ni se bautizó nunca, ni fué sino mal disfrazada contrafigura de AGNI, símbolo del fuego en los Vedas. Como la cruz cristiana es plagio de la cruz swástica, emblema de Agni y artefacto productor del fuego. Como la Virgen María es plagio de la Virgen MAYA, cavidad de la swástica donde se producía la lumbre. Como San José es plagio de TWASTI, el carpintero que construye la swástica, en la que el padre celestial SAVISTRI tiene a su hijo AGNI de la siempre Virgen Maya...

—¡Qué horror! ¡Vámonos!—dice airada la señora, puesta en pie y tirando a su cónyuge de una manga.

—¡Irnos, cuando se niega incluso la realidad de Cristo! ¡Nunca!—salta el beatillo, plantado en actitud de boxeador teológico, no menos que si estuviese en aquel Concilio donde se puso a Cristo entre los dioses, y en toda boca el «armarse la de Dios es Cristo».

—¡No te sulfures, Crispín, que se te alborota el hígado!—susurra tierna la dama, interponiéndose—. ¿Qué vale cuanto diga un hereje, si los cuatro evangelistas vieron el bautismo del Señor?

El escéptico suelta el trapo a reír.

—¡Que lo vieron! Para vosotros, infelices, los Evangelios están escritos por acompañantes de Jesús y casi a la manera de un «Diario de operaciones». Y no hay tal. Peor aún. Ni se sabe quién es el individuo cuyo nombre lleva cada uno de los

cuatro Evangelios que seleccionó la clerecía de entre cincuenta y cuatro. Lo único verdad es que se pergeñó los cuatro Evangelios de marras mucho después de subir Jesús, vestido y calzado, al cielo sólido de la Biblia.

—¡Embuste!—clama la devota—. La Iglesia tiene los originales de los cuatro Evangelios.

El impugnante vuelve a reír.

—Cuñada—expone—, ¿nunca oiste cuáles son los más antiguos manuscritos que hay del Nuevo Testamento? Son el «Vaticanus», que obra en el Vaticano y proviene del siglo IV. El «Sinaiticus», también del siglo IV, y que quizás esté aún en la ex Biblioteca imperial de Petrogrado. El «Alexandrinus», del siglo V, y que hoy se custodia en el British Museum. Y el «Codex rescriptus d'Efrem le Syrien», igualmente del siglo V, y que se guarda en la Bibliothéque Nationale, de París. Nadie, ¿lo oyes?, ha visto una versión original de los Evangelios.

Quedáronse cuajaditos el cristero y su cristera.

—¿Qué importancia reviste—agrega don Román— el testimonio de los evangelistas sobre el bautizo de Jesús y hasta respecto de Jesús? Ninguna.

—¿Cómo ninguna?—se indigna la jueza.

—Ningún evangelista narra cosas que viera. Sus Evangelios refieren cuentos de segunda mano. Mas ni el Evangelio que se atribuye a Marcos lo escribió Marcos, ni es de Mateo el que le cuelgan. De ahí que la Iglesia los denomine púdica o hipócritamente: «según San Marcos», «según San Mateo», etc.

—¿Y cómo se sabe tal?—gallea el togado.

—Se sabe—replicale su hermano—porque en el siglo II del cristianismo escribió un tal Papias, obispo de Hierápolis, cierta «Interpretación de las palabras del Señor». Este libro de este Papias fué aniquilado por la Iglesia, ya que en él su autor aseveraba provenir el cristianismo de la religión egipcia. Pero el historiador eclesiástico Eusebio (siglo IV) citó algunos fragmentos del Papias, muy curiosos. Dice que dijo:

«Un anciano refiere: «Marcos convirtiése en auxiliar de Pedro y escribió con cuidado lo que éste recordaba de los dichos y hechos del Señor, sin ponerlos por orden. Marcos ni había oído al Señor ni estado con él; pero más tarde, como digo, acompañó a Pedro... Marcos, pues, no ha incurrido en falta escribiendo, según las recordaba, algunas narraciones...» Como veis, este desconocido Marcos reproduce lo que le cuentan, y aun lo reproduce según sus recuerdos. Papias, a su vez, dice, respecto al Marcos, la tontuna que oyó contar en el siglo II.

—¡Dios mío!—gime la beata—. ¡Y yo que siempre tuve a San Marcos por acompañante de Jesús.

—Si no ha habido tal Jesús, ¿cómo le podía seguir nadie? Por lo demás, conste que aquella versión del incógnito Marcos no es la del actual Evangelio «según San Marcos». En una todo estaba sin orden ni concierto; en la de ahora están los cuentecillos muy en orden. Tan en orden, que lo plagian Mateo y Lucas al adornar con nuevos y mayores

absurdos la historieta contada por el inventor de Jesús.

—¿Que Mateo plagió y reformó a Marcos?—inquire atónito el juez.

—¡Claro, hombre! No el primer Mateo, sino el que pergeñó (o los que pergeñaron) la actual novela llamada Evangelio. «Mateo—dice Eusebio que dijo Papias—escribió en lenguaje aramaico los discursos del Señor, y cada uno los traducía como podía.» Esto—deduce don Román—indicia cómo los tales «discursos», o embrollados rompecabezas, fueron muy otra cosa que el actual Evangelio «según San Mateo», parodia, corregida y aumentada, del «según» San Marcos.

—Pero, ¿y San Lucas?—demanda febril la jueza.

—¿Quién es el autor primitivo del hoy «Evangelio según San Lucas?» Otro desconocido cualquiera. Sólo se sabe de él lo que de sí dice al comenzar su refundición. Oidle: «Habiendo tentado a muchos poner en orden la historia de las cosas que a juicio de nosotros han sido certísimas... me ha parecido también a mí, después de haber oído todas las cosas, desde el principio, con diligencia, escribírtelas por orden, oh mi buen Teófilo» (6). Ni más ni menos. ¡V cádate una verdad revelada! ¿Vais viendo en qué testimonios se apoya lo del bautismo y la existencia de vuestro imaginario Jesús?

—Sin embargo—replica el juez monárquico de la

(6) Lucas, cap. I, vers. 1-3.

República—, no puedes negarme que San Juan estuvo con Jesús y que, por tanto, su Evangelio...

El químico suelta una risotada.

—¡Infeliz!—dícele—. ¡Si el Evangelio «según» San Juan, incompatible con los otros tres, viene de autor anónimo!

—¿San Juan, anónimo?—chilla la jueza, escandalizada.

—¿Sabes—sonríe el químico—por qué se le ha colgado ese Evangelio al ficticio Juan apóstol? Pues porque a un tal Irineo, farsante, se le ocurrió imputárselo, hacia el año 180 (7). No hay otro motivo. Y ¡mirad qué gracia! El Irineo, para urdir su embuste, afirma que de niño conoció a un viejo, el cual, a su vez, conoció «in illo tempore» a los de la primera generación cristiana. ¡Bufo, retebufo! Conque, decidme, ¿valen algo los cuentecillos de los Evangelios como prueba, no ya de haberse bautizado Jesús, sino de que hubo siquiera Jesús?

Un gemido. Un revolar de faldas. Y la ex noble que se derrumba con una pataleta, por la cual agita los nobles remos inferiores como aspas de molino. Le dan agua. Le abanicán el rostro, y al fin Dios hace el milagro de que recobre los sentidos.

* * *

(7) «Contra las herejías», lib. II, cap. XXII. Ver su disparatada explicación en el lib. III, cap. IV.

—Sigue—manda con fiera, clavando en el químico los puñales de sus ojos—. Quiero escuchar tus blasfemias hasta el fin. Es martirio que ofrezco al Señor para que perdone mis muchos pecados. Capaz eres, por no bautizar a tu pobre hijo, de negarme que coinciden los evangelistas en que Jesús fué bautizado.

—Sí...arguye don Román, después de breve pausa—, coinciden en no coincidir. Cuatro Evangelios, cuatro versiones distintas... y ninguna verdadera.

—¡No me quedaba por oír otra cosa!—protesta furibunda la ex noble—. ¡Que el Espíritu Santo se contradice!

—Aquí tienes la Biblia—respóndele su cuñado—. Verás cómo prueba con sus contradicciones lo inane del cuentecillo bautismal. Escuchemos a «Según San Marcos»:

«Y aconteció en aquellos días—no se sabe cuáles— que Jesús vino de NAZARET de Galilea, y fué bautizado por Juan en el Jordán. Y luego, subiendo del agua, vió abrirse los cielos (¡entonces (8) los cielos tenían puerta, ventanas y escala por donde descenderse a la tierra!), y al Espíritu, que en figura de paloma descendía sobre él. (La paloma era un totem sirio.) Y hubo una voz de los cielos (de aquellos cielos sólidos inventados por la ignorancia) que decía: Tú eres mi Hijo amado; en tí tomo contentamiento» (9).

—Esta—prosigue don Román—es la más antigua

(8) Véase en esta Biblioteca: «¡Vaya un Cielo el de la Biblia!»—(9) Marcos, cap. I, ver. 9-11.

forma conocida del lance. Pero viene «Según San Mateo», desvalija sin rubor a «Según San Marcos», lo reforma como quiere, y... segunda fase de la conseja:

«Entonces Jesús vino de Galilea—no precisamente de Nazaret, sino de Galilea—al Jordán para ser bautizado. (Expresamente para ser bautizado). Mas Juan se le resistía mucho diciendo: Yo he menester ser bautizado por tí, y ¿tú vienes a mí? Empero, respondiéndole Jesús dijo: Deja ahora, porque así nos conviene, cumplir toda justicia. (¡ ¡ ? ?). Entonces le dejó» (10).

—Harto vemos—continúa don Román—que aquí el Bautista conoce a Jesús, rehusa bautizarle y aun expone deseos de ser bautizado por él. Item, el pobre bañista Juan se queda sin que le bañe Jesús. Pues bien: corren años y años, el desconocido Lucas plagia de golpe lo de Marcos y lo de Mateo, y... ¡otra versión del episodio! Nada de conocer Jesús al Bautista. Nada de quererse bautizar el Bautista. Y algo muy donoso. Que Jesús se bautiza por aquello de «¿Adónde vas, Vicente? Adonde va la gente.» Oid al desconocido Lucas:

«Y aconteció que como el pueblo se bautizaba, también Jesús fué bautizado. Y orando—esto de orar es asimismo invención del incógnito Lucas—, el Cielo se abrió», etc. (11).

—Tenemos ya—sigue el que habla—tres relatos

(10) Mateo, cap. III, vers. 13 y sig.—(11) Lucas, capítulo III, vers. 21.

inconciliables de la misma quimera. Vamos con el cuarto.

Corren más y más años. Aparece aquel desconocido a quien por antojo del Irineo se llama San Juan, y dice: «*Al siguiente día ve Juan a Jesús, que venía a él—¿de dónde?—y dice: He aquí al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*» (12).

¡El Cordero! Ya está convertido el AGNI védico en el AGNUS cristiano. Pero el incógnito evangelista se arma un lío de dos mil demonios, pues, olvidando que su otro Juan conoció a Jesús al verle, le hace decir:

«*Yo no le conocía—en Mateo enuncia el Bautista lo contrario—; mas el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y que reposa sobre él—entonces, por las muestras, resultaba llano ver los espíritus—, éste es el que bautiza con Espíritu Santo*» (13).

—¿Y qué?—salta la marquesa.

—Que la palomita debió viajar siempre con Jesús, pues el Bautizador le conoce apenas le ve, sin necesidad de bañarle. Pero, ¿qué digo? ¡Si el quimérico Juan evangelista no dice haberse bautizado Jesús! Leed su novelita y lo comprobaréis. Y resulta lógico. ¿Para qué bautizaría el Bautista, con agua, según el uso judío, al que trae la novedad estupenda de bautizar con Espíritu Santo? Que sería Espíritu Santa, porque, para los judíos, sobre no

— — —
(12) Juan, cap. I, vers. 29.—(13) Juan, cap. I, versículo 33,

haber espíritu, la RUAH—el soplo—era femenino. Aferróse la del juez a aquella tabla salvadora.

—Pero—adujo vivamente—bien declara ese evangelio que Jesús bautizó.

—Te aguardaba en eso—le redarguye su cuñado—. Al desconocido evangelista «Juan» no le basta contradecir los cuentos de sus otros tres colegas, inconciliables entre sí. Para volvernos tarumba, lo mismo afirma que bautizaba Jesús (14), como escribe tan fresco: «Jesús no bautizaba, sino sus discípulos» (15). Ya ni aun recuerda lo de haber dicho Dios Padre, nada menos, que Jesús «bautiza», y con Espíritu Santo para mayor estupidez.

—Eso cabe atribuirlo—comenzó a disculpar el consorte—a...

—A que cada Evangelio tiene cien padres distintos. Vedlo, si no. El individuo a quien llamáis Bautista proclama superior al bautismo suyo, el que practica Jesús. ¿Tiene sentido común que, sin embargo, no haga que le bautice Jesús? ¿Tiene atadero que continúe bautizando, en competencia con Jesús? (16). ¿Tiene un adarme de juicio que, tras reconocerle y proclamarle Mesías, no se vaya con él? Todo ello descubre la impostura. ¡Y la necesidad con que admitís un Sacramento inventado sobre chiquilladas!

(14) Juan, cap. III, vers. 22: «Pasado esto vino Jesús con sus discípulos... y bautizaba».—(15) Idem, capítulo IV, vers. 2.—(16) Idem, cap. III, vers. 23: «Y bautizaba también Juan en Enon, junto a Salím, porque había allí muchas aguas...»

Agacharon la cabeza los devotos. Sin duda esperaban que los iluminase el que debería ser la Espiritu Santa. Y debió iluminarles por dentro, aunque sin las consabidas graciosas lenguas igneas (¡siempre recordando a AGNI!), porque...

* * *

Porque tomando la vez, dijo el beatillo judicial:

—Sí, convengo en que la contradicción de los relatos evangélicos destruye su valer. Pero callas una cosa. Que el Bautista, en los cuatro Evangelios, afirma traer Jesucristo nuestra forma de bautismo...

—¿Sí, eh?—interrumpe don Román—. Una persona razonable y ninguna persona razonable creerá en cielos que se abren y cierran, ni en palomas que caen de tal cielo, ni en voces que dadas en el cielo son oídas en la tierra—; una persona razonable, digo, tiene de sobra con los conceptos achacados al Bautista para rechazar la torpe monserga de vuestro bautismo. ¿Lo dudáis?

—¡Claro que sí!—arguyen a una juez y jueza.

—Veamos—habla el otro—. En Marcos, por ejemplo, enuncia el Bautista: «Yo, a la verdad, os he bautizado con agua; mas él os bautizará con Espiritu Santo» (17). Pero llega Mateo y le hace decir otra cosa. Y más grave, pues que remacha la iden-

(17) Marcos, cap. I, vers. 8.

tividad
aventura
sas, p
bautiz
deroso
y que
(18).
píritu
AGNI
con el
La j
maravi
—Pe
y aum
Juan E
mo de
Mateo.
os bau
Santo
qué ca
y lo v
decirm
solemn
bautiza
no pra
rando
primiti
un hier

(18)
pítulo

tividad de Jesús con Agni, que tenía por emblema el aventador. El Bautista, según Mateo, dice estas cosas, propias del culto al fuego: «Yo, a la verdad, os bautizo con agua; mas el que viene, tras mí, más poderoso es que yo... Su aventador en su mano está... y quemará la paja en fuego que nunca se apagará» (18). Como veis, en Mateo no hay bautismo de Espíritu Santo, ni otro alguno. Sólo el recuerdo de AGNI. Jesús no viene a bautizar, sino a destruir con el fuego a los malos.

La jueza miró a su devoto consorte con ojos maravillados.

—Pero comparece Lucas—prosigue don Román—, y aumenta el embrollo. Según él, vuestro judío San Juan Bautista dice otras cosas. Lucas amasa el bautismo de Espíritu Santo de Marcos y la chamusquina de Mateo. «Yo, a la verdad—hace decir al Bautista—, os bautizo en agua... él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego» (19). ¿Queréis explicarme por qué cambia Lucas el bautizar CON Espíritu Santo y lo vuelve «bautizar EN Espíritu Santo? ¿Podéis decirme qué significa bautizar «en fuego», si no es solemne disparate? Y al no ser disparate, ¿cuándo bautiza Jesús en fuego? ¿Y por qué vuestros curas no practican ese atroz bautismo, que sigue memorando a Agni? Pues no pocas comunidades cristianas primitivas, ateniéndose al disparate, imprimían con un hierro candente cierta marca a los bautizandos...

(18) Mateo, cap. III, vers. 11-12.—(19) Lucas, capítulo III, vers. 16.

—¡Qué atrocidad!—respinga la ex Marquesa—. ¡Marcarles a fuego como a toros de lidia! Los primitivos cristianos debían ser muy brutos..

—La culpa es de quienes atribuyen al Espíritu Santo los horrores de las Escrituras. En fin, vamos con el ficticio Juan evangelista. ¿Qué conceptos atribuye al otro Juan de los baños? ¡Oh! Vuestro Evangelista, en lo de vuestro Bautista, se come lo del bautismo «con» y «en» Espíritu Santo y lo del monstruoso bautismo en fuego. «Yo bautizo con agua—expresa únicamente—; mas en medio de vosotros ha estado aquel a quien vosotros no conocéis» (20). ¿Eh, qué tal la camelancia?... Resumiendo: ¿por dónde coger las cuatro versiones contradictorias para que no aparezca patente la engañifa de todas? Y en virtud de tales garambainas ¿queréis que bautice a mi chico?

Tras un rebusco en lo que siempre había oído mentir a los curas, el juez dijo rascándose la mollera:

—Nada de eso debilita la realidad. Jesús mandó a los apóstoles bautizasen a los gentiles.

Don Román le contempló compasivo.

—¡Hermano, hermano—díjole—, os las tragáis como puños. ¿Se le oye tal cosa cuando, al principio de su novela, envió por ahí a los apóstoles? (21). Jesús no podía decir eso. Al revés. Afirmaba preocuparse tan sólo de las «ovejas perdidas de la casa de

(20) Juan, cap. I, vers. 26.—(21) Por ejemp., Mateo, cap. X.

Israel»
a los no
en ciud
tió que
Pablo,
pués) t
el cielo
clusivar
¡A la l
al baut
do con
—¿T
ta Cach
—¿Y
al Jesu
predica
me cre
Con de
ta ínteg
hoy ver
—Pas
el Jesu
cosa: I

(22)
sículo 2
versículo
capítulo
cas, Jes
vale po
sículo 1

Israel» (22). Llamaba sodomitas, es decir, «perros» a los no judíos (23). Prohibió a sus apóstoles entrar en ciudades de gentiles y samaritanos (24). Prometió que los doce apóstoles (incluso Iscariote, no así Pablo, apóstol número 13, construído mucho después) tendrán doce tronos en la atmósfera, o sea en el cielo sólido y curvo de la Biblia, para juzgar exclusivamente a los judíos de las doce cábilas... (25). ¡A la legua se vé la impostura sacerdotal respecto al bautismo de los no judíos! Pero aun apechugando con el grotesco ardid...

—¿Todavía más peros?—se alborota la de la Santa Cachucha.

—¿Yo? Vuestros graciosos libros «revelados». Oye al Jesucristo de Marcos: «*Id por todo el mundo; predicad el Evangelio (26) a toda criatura. El que me creyere y fuere bautizado, será salvo...*» (27). Con decir que, en los manuscritos más antiguos falta íntegramente el capítulo XVI de Marcos, donde hoy vemos tal frase, ¿para qué decir más?

—Pasa el tiempo—continúa don Román—, surge el Jesucristo de Mateo, y ¡cataplum! manda otra cosa: *Id y doctrinad a todos los gentiles bautizán-*

(22) Mateo, cap. XV, vers. 24.—(23) Idem *id.* versículo 26, en relación con Deuteronomio, cap. XXIII, versículo 17-18.--(24) Idem, cap. X, vers. 5.--(25) Idem, capítulo XIX, vers. 28.—(26) En las novelas evangélicas, Jesús es hebreo; la palabra «Evangelio» es griega y vale por «buena nueva».--(27) Marcos, cap. XVI, versículo 15.

doles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (28). Pero como al interpolar la Iglesia este versículo estaban ya novelados los «Hechos de los Apóstoles», ni un solo apóstol bautiza con tal fórmula (29). ¡Claro! Aún tardaríase mucho en cristianar el terceto védico: *SAVISTRI*, el Sol, padre celeste; *Agni*, el fuego, su hijo (engendrado en la virgen *MAYA*), y *Vayu*, el soplo, que procede del Padre y del Hijo, y sin el cual no es hacedero encender lumbre...

—Pero Lucas afirma, tocante al bautismo—interpone afanoso el juez.

—Ni el Jesucristo de Lucas, ni el Jesucristo de Juan mandan ir a bautizar, ni hacerlo con la fórmula que nunca empleó Jesús... Ahora, respondedme: si no se sabe quién ha pergeñado las actuales novelillas evangélicas; si todas cuatro se anulan entre sí por contradecirse; si Jesús, su madre y hasta la Santísima Trinidad son mitos robados en los Vedas, ¿puede una persona sensata dar crédito a la pampullilla del Bautismo? ¡Paparrucha, hermano! ¡Negocio, cuñado!

—¿Negocio lo del pecado original?—protesta la beata.

—¡Y menudo! ¡La base toda la industria bautismera! Y sobre negocio, groserísima camelancia. Desaffio a todos los curas del planeta—y aun de la

(28) Mateo, cap. XXVIII, vers. 19.—(29) En los «Hechos» los apóstoles bautizan en nombre «del Señor Jesús» (v. gr. XIX, vers. 5).

atmósfera con tronos llamada Cielo—, a que prueben haber en las Escrituras hebreas y en los Evangelios, una sola palabra referible al tosco pecado original.

—¿Que no?—adujo el químico, sudando agua bendita—. Pues, ¿no ha muerto Jesús por redimirnos de tal pecado?

—Ja, ja, ja,—ríe a boca llena el químico—. Pues si ha muerto por redimirnos, ¿cómo nos dejó irredentos y obligados a la redención bautismal? ¡Socaliñas! Tan burdo pecado se lo sacó del meollo el ex juerguista San Agustín, obispo de Hipona y ex maniqueo. Tamaña monstruosidad sólo se podía cocer en el caletre de un obispo africano.

—¡El pecado original, invento de un obispo—solloza la dama devanando cruces sobre sus narices.

—Sí, mujer—remacha su deudo—. ¡Y qué necesidad de pecado! ¡Hacernos responsables, hoy, de si Adán y Eva usaron los órganos reproductores que para ello se les habían dado! ¡Ni cómo admitirlo? El judaico Dios Padre católico afirma redondamente, aunque con alguna plebeyez: Se acabó el que los padres coman el agraz y los hijos tengan la dentera (30). Y asegura, de propina: «Cada uno morirá por su pecado» (31).

—Con todo—apunta el gonzaguista—, consta lo del pecado de Adán.

—¿Y qué consta? Que vuestro judío Dios Padre

(30) Ezequiel, cap. XVIII, vers. 2-3.—(31) Deuteronomio, cap. XXIV, vers. 16.

no perteneció a los previsores del porvenir, ni tenía palabra. Primero crea un inútil árbol del Bien y del Mal; y digo inútil porque lo crea para mírame y no me toques. Después, aunque lo sabe todo, ignora que Adán ha de comer del fruto prohibido. Y por ignorarlo, poniendo en peligro su fama de persona seria, dice al otro: «El día que comieres de él, morirás» (32). Pero el otro se encoge de hombros, pica del fruto, y ¿qué ocurre? ¿Se muere?

—Mira, Román—interrúmpele su hermano—. Por bromas bastante más inofensivas llevo yo procesados a muchos librepensadores en la República. El Concilio de Trento manda considerar histórico lo que tú echas a broma.

—¿Y qué importa la ignorancia de unos curas? Con reunirse en 1546 unos clérigos zafios, y tras mil peloterías, zurcir unas conclusiones disparatadas, ¿se vuelven historia los cuentos populares robados por los judíos?

—¡Eso de robados!—chilla la jueza.

—Vas a verlo. Y a discernir por qué a despecho del tumultuoso Concilio, vuestro «Génesis» constituye una birria, bien para el pecado original, bien para la cantamusa del bautismo. Escuchadme.

* * *

(32) Génesis, cap. II, vers. 16-17.

—Una leyenda indo-europea—principia el quími-co—atribuye a un gigante bisexual el origen del gé-nero humano. Es el primitivo Yama de indios e ira-nios. El Ptah egipcio. El Fanés órfico. El Zervan de los zervanitas. El Agditis de los frigios, el últi-mo Brahmán de la India. Refiere Tácito cómo los germanos de su tiempo hacían provenir a los morta-les de Tuisto, nombre que significaba bisexual. El gigantazo Ymir de la mitología noruega, reviste igual condición.

—¿Y qué?—dispara la piadosa—. ¿Por ventura fué Adán juntamente hombre y hembra?

—Lo fué, hija mía, y quedan rastros de ello, pe-se a los retoques padecidos por el embarullado «Gé-nesis». Continúo. A veces, lo vemos por una leyenda irania, el bisexual se desdobra: Yama se parte por gala en dos: Yima, hombre, y Yimet, hembra. Es lo que sin duda ocurre, cuñada, en una de las dos consejas refundidas en el «Génesis», y que, por con-tradictorias entre sí, le vuelven ininteligible.

—En algunos territorios—añade don Román—va-riaba la leyenda. Mucho antes de ser los israelitas un poco más de hordas salvajes, ya creían los in-dios seguidores de Manú haber creado Brahma un primer hombre, Adima, y una mujer, Heva. Estos moraban en el Edén de Ceilán y, por desobedien-tes, los echó de allí Brahma, castigándoles a tener que trabajar. ¿Te fijas, cuñada? Sigo.

»Muchas centurias antes de volver los judíos del cautiverio babilónico, y, por tanto, de que pergeña-ra Esdras el «Génesis» y demás infundios del Pen-

tateuco, los caldeo-asirios denominaban al primer hombre Admú, equivalente indiscutible de Adán. Y era tradición antiquísima entre los babilonios haberse cortado la cabeza el Creador Bel, con cuya sangre amasaron tierra los otros dioses e hicieron de tal barro el primer hombre. ¿Quieres más? En el vetusto poema babilónico de Gilgamés, el primer hombre no acepta el alimento de vida eterna que los dioses le dan. Y la serpiente le arrebató la hierba de vida que obtuvo el héroe en su viaje a los infiernos. En el mismo poema, Eabani, seducido por su mujer, que le roba la virginidad, pierde su poderío mágico, que le hace señor de la naturaleza.

»Y aquí debo añadir que la antigüedad profesaba una superstición grosera: creía ser la serpiente muy sabia y astuta. Disparataban así—como acontece en la Biblia—por suponerla inmortal, a causa de que mudaba regularmente de piel. Y los hombres mediterráneos formaron un mito para explicarse la supuesta inmortalidad. Los dioses habían creado un árbol de la Vida y otro de la Muerte. Pero la serpiente fué y engañó a la primera pareja; mostróle aquel árbol de la Muerte y se reservó para sí el de la Vida. Este mito, con elementos de los otros, es el que malparó—hacia el año 442 antes de la Era cristiana—el sumo sacerdote Esdras, al formar el «Génesis». Y lo malparó porque, truncando el imprescindible paralelismo folklórico, Esdras cambió el árbol de la Muerte en intruso e inexplicable árbol del Bien y del Mal.

»Tan extendida estaba—prosigue—la fábula de la

serpiente, que en la mitología persa—donde robó a su gusto el judaísmo—, Ormuz ofrece a los primeros padres la dicha eterna. Entonces, Arimán (de quien es parodia vuestro Diablo) les envía un demonio en figura de serpiente, la cual les lleva frutas..., de que comen. Por ello, fijáos, se les expulsa del EREN, custodiado por el ángel CHELUB. Y se les expulsa, creo, para que Esdras robe del Erén su Edén y haga del ángel Chelub un cherub.

»Pero—agrega—, no sólo tenían los judíos en Babilonia elementos folklóricos robables. También los tenían, mucho antes de la cautividad, en el cercano pueblo fenicio, que, por su mayor cultura, influía reciamente sobre las cábilas del Todopoderoso. Y Esdras se los robó. Para los fenicios (y después para el «Génesis», cap. I, vers. 2), el Espíritu y su esposa el Caos están al principio de la Creación. Y ambos engendran a Adam y a Hawat, de quienes nacen Caín, varón, y Cainath, hembra, que en la Biblia es transformada en Abel. Trueque destinado por cierto. En la Biblia sólo hay una mujer, Hawath (hoy Eva), y no obstante, sin saberse cómo, su hijo Caín consigue tener prole. ¡Milagros del Altísimo!

»Vemos, pues—concreta don Román—que, por desdicha para el bufo pecado original, constituyen nimio tema folklórico lo del gigantón hermafrodita, lo de doña Eva y consorte, lo de la serpiente que habla y lo del Erén persa. ¿Cómo se asimilan esos incultos judíos? El «Génesis» lo muestra. Porque todo lo que se le ocurrió a Esdras, para formar lo,

fué respuntar íntegras las dos versiones en que corría el menguado cuentecillo por las cábilas del Señor.

Paróse un poco don Román; después dijo a sus estupefactos oyentes:

—En el siglo XVII el médico francés Astruc dedujo que por algo se llama «Elohim» a Dios en unos pasajes del embarullado «Génesis», mientras se le dice en otros «Jehová Elohim». La hipótesis era fundada. Se destrenzaron al fin las dos versiones revueltas en el supuesto libro «revelado». Y la crítica las llama hoy, respectivamente, «Documento Elohista» y «Documento Jehovista».

Veamos primero la versión más antigua. No hay ni palabra del pueril fruto prohibido. Al revés: Dios quiere que los dos sexos del hermafrodita copulen, se multipliquen, llenen de mortales la tierra. Nada, pues, de manzanitas y demás ridiculeces. Y menos aún el nacer Eva de una costilla de Adán, pues, aunque los rabinos enmendaron el texto, nótese ser aquí Adán hermafrodita. Por último, como no hay manzana, tampoco inventa Jehová la práctica del desahucio. Ved el Documento Elohista

GENESIS, cap. I, vers. 26º. Y Elohim («los dioses») dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y conforme a nuestra semejanza. (Elohim asume los dioses, como el hombre suyo asume los dos sexos).

27º. Y crió Elohim el hombre a su imagen y semejanza: macho y hembra lo crió. (La enmienda rabínica dice «los crió», refiriéndose a un único hombre. Tal disparate origina que ahí, de sopetón, sean creados todos los hombres y mujeres de la tierra.

28º.
parte
cios.
peces
tias q
29º.
planta
que ha
tento.
Cap.
tierra,
en el c
tas son
do fue

—V
debe
Que
guard
Pues
bra» e
jeread
crame
muy
servid
bién
Doc

GEN
Elohim
lónico
idem).
en Ed
forma
ciendo
árbol

28.º Y los bendijo Elohim (a la parte macho y la parte hembra de Adán) y les dijo: Creced y *multiplícados*. *Henchid* la tierra y sojuzgarla. Y señoread los peces del mar, las aves de los cielos, y todas las bestias que se mueven sobre la tierra.

29.º Y Elohim dijo: He aquí que os doy todas las plantas que produzcan grano, y *todos los árboles en que hay fruto que tengan simiente*: os servirán de sustento.

Cap. II, vers. 1.º. Y fueron acabados los cielos y la tierra, y todo su ejército. 2.º Y acabó Elohim su obra en el día séptimo, y el séptimo día descansó... 4.º. Estas son las genealogías de los cielos y de la tierra cuando fueron creados por Elohim.»

—Vemos, pues—apostilla el químico—que Adán debe comer de todo árbol cuyo fruto lleve semilla. Que debe copular y multiplicarse. ¿Dónde, pues, guardáis ahora vuestro ridículo pecado original? Pues añadid que la voz hebrea traducida por «hembra» en la Biblia, equivale a «lo que ha de ser agujereado». ¿Qué queda disponible para el pobre Sacramento del Bautismo? Pero, en fin, aunque sea muy por encima, veamos la otra versión, que ha servido para declararnos responsables de que también Esdras recogiese tan vana paparrucha.

Documento Jehovista.

GENESIS, cap. II, vers. 7.º. Formó, pues, Jehová Elohim al hombre con el polvo de la tierra (mito babilónico), e insulló en sus narices sople de vida (ídem, ídem). 8.º. Y había Jehová Elohim plantado un huerto en Edén, al Oriente, y puso allí al hombre que había formado. 16. Y mandó Jehová Elohim al hombre diciendo: De todo árbol del huerto comerás; 17. Más del árbol de ciencia y del Bien y del Mal (el árbol de la

Muerte de las otras mitologías) no comerás, porque el día que comieres, morirás.»

—¿Eh?—habló don Román—. ¿Comparáis lo incompatible de esta versión con la otra? Pues, adelante. Aquí (vers. 18) dice Jehová: «*No es bueno que el hombre esté solo.*» Y va y crea ¡ todos los animales!, de lo cual infieren los semitistas que pensó se remediase Adán con las hembras de los animales. Pero, sea que Adán no acepte la cosa, sea que El lo piense mejor, entonces...

Vers. 21. Y Jehová Elohim hizo caer sueño sobre Adán... Entonces tomó una de sus costillas (¿le sobraba alguna?) y cerró la carne en su lugar. 22. Y de la costilla que Jehová tomó del hombre, hizo una mujer y trájola al hombre. 23. Y dijo Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada Varona, porque del varón fué tomada. (¿Cómo sabía el aún inocente Adán lo de haber varones y hembras?). 24. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre (¿cómo sabía este Adán haber padres y madres, si él no los tuvo?), y se acercará a su mujer y serán dos en una carne. (¿Y cómo hacerlo sin... lo prohibido?) 25. Y estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban.»

—Bueno—agrega don Román—, ahora viene lo más gracioso. Esdras coge la serpiente de Arimán y la saca a escena. Y como el ignorantísimo Esdras supone ser la imbécil serpiente el más astuto de los animales del campo (cap. III, vers. 2.º), la serpiente rompe a hablar (¿en qué idioma?) y pregunta: «¿Conque os ha dicho Dios: No comáis de todo árbol del huerto?» (vers. 32). Eva responde que morirán si comen de la fruta prohibida. Pero la serpiente, que sabe más que Dios, replica: «No mori-

réis)
(mar

—
dice
vers.
mald
cami
nació
da q
Erén
ocult
judía

—
queru

—
alas?
tólico
doña
peca
zobra

«H
OTR
Ahor
tamb
siemp
Edén
peca

—
(33
sículo

«reís» (vers. 4.º). Y efectivamente, Eva y Adán se «manzanean» y no mueren. , ,

—Y Dios los castiga—salta la jueza.

—¿A qué? A Eva, que sólo tendrá dos hijos, le dice que parirá muchísimas veces y con dolor (III, vers. 16), cosa ésta que acontecería sin la infantil maldición. A la sierpe le impone (III, vers. 14) caminar arrastrándose, lo cual hacía desde que nació; y comer tierra, lo que jamás ha hecho. Mandá que Adán se chinche trabajando; los arroja del Éren persa, y, para impedir que Adán entre de ocultis, inventa el primer portero habido en tierra judía; ¡un buey armado con flamígera espada! (33).

—¿Cómo buey?—replica la beatona—. Dirás un querubín.

—¿Y qué eran los querubines sino bueyes con alas? Eso lo saben cuantos no son católicos, apóstólicos y cristeros. Como saben que el echar Dios a doña Eva y a don Adán de su huerto no fué por el pecado original. Oid, oid a Dios, todo lleno de zozobra, en el Documento Jehovista: —

«He aquí que el hombre es como UNO DE NOS-OTROS (de los dioses) sabiendo el Bien y el Mal. Ahora, pues, para que no alargue la mano, y tome también del árbol de la Vida, y coma, y viva para siempre... sacóle Jehová Elohim del huerto del Edén» (34). ¿Está claro que no fué por el estulto pecadillo? ¡Y que para esto plagie igualmente lo

(33) Génesis, cap. III, vers. 24.—(34) Idem íd. versículo 22-24.

del jardín de las Hespérides, custodiado por un dragón!

Callaron, compungidos, los beatones. Y siguió el químico:

—Ahora decidme: ¿dónde está lo que llamáis «caída»? ¿No dice Jehová que por ella se hizo el hombre igual en sapiencia a Dios? Y si tenemos en el «Génesis» una y otra versiones inconciliables, ¿a cuál otorgaréis fe los cristianos? A ninguna. Porque ambas no son sino modificaciones de un cuentecillo del folklore indo-europeo y del semita. Cuentecillo como el del Gato con botas, o como el de Aladino. Conque, ¿insistís en que, tomando por las hojas el rábano del cuentecillo jehovista, contrario al elohista, bautice yo a mi nene?

Marido y mujer callaron ceñifrencidos. ¿Quién, sabiendo tal, acogería en serio el burdo lance de la manzana? Sin rechistar, buscaron la puerta. Pero el juez iba diciendo para sí:

—Al primer escritor republicano que me deparen el Fiscal y la Providencia, ¡le rompo el bautismo con una resma de papel sellado!

Augusta Vivera

tu
el
aí-
in-
el
ga
or-
en-
en-
de
las
rio
én,
la
o el
ren
smo
d

¡LEAN, LEAN, LEAN! El próximo número de "LA NOVELA PROLETARIA" es

C. M. F.

(CORDIS MARIÆ FILIUS)

REPORTAJE POR

ANGEL SAMBLANCAT

El formidable escritor describe con

C. M. F.

(Cordis Mariæ Filius)



La novela proletaria.

25 CENTIMOS

Pedidos a

"EDICIONES LIBERTAD"

ROMA, 41. — MADRID

Junta de Madrid

todas sus lacras inmundas la vida interior de un colegio religioso.

Quien quiera conocer los vicios, las bribonadas, los horrores de tales Centros de «Enseñanza», vea estas páginas de Samblancat.